

REVISTA DE TEATROS.

DIARIO PINTORESCO DE LITERATURA.

NUM. 139.

MADRID 27 DE MAYO DE 1843.

SEGUNDA SERIE.



DEJADME QUE VEA A MI ESPOSO.....

MARIA, EL TUTOR Y LA HUERFANA.

Luego que el corregidor ordenó la prision de don Pedro y éste salió con los alguaciles, se quedó pensativo reflexionando acerca de las respuestas del caballero. La aparicion del anciano á hora tan intempestiva, y cuando su hijo, segun todas las apariencias se habia introducido furtivamente en casa de don Carlos, le infundian serias sospechas. Dos de sus agentes velaban á la puerta de la calle, para impedir la evasion de los criados, los cuales no dispuso fuesen conducidos incontinentemente á un encierro, por no privar á doña Maria de los auxilios que necesariamente habia menester.

A don Lope no le quedaba duda alguna de que don Blas habia tramado siniestros planes contra el honor de la huérfana, ayudado por algun criado infiel, y aguardaba á que pasasen los primeros momentos de confusion, para interrogar á todos los domésticos y sacar luz de un suceso que tan oscuro se presentaba á primera vista.

El agente principal, el criado de don Pedro, entrado al servicio de don Carlos, juzgó prudente no apartarse de la casa, para que su ausencia no acrecentara las sospechas de la justicia, y mas atento que los demas, desplegaba un celo extraordinario en el servicio, tanto del herido capitán, como de la desventurada señora. Tanta solicitud no era de extrañar, porque ya hemos dicho el esmero con que procuró granjearse el aprecio de sus amos quienes depositaban en él la mayor confianza: así fue que su dolor pareció muy justo y hasta el corregidor que-

dó destumbrado por las engañosas esteroidades de aquel traidor.

Al volver doña Maria de su desmayo la primera palabra que pronunció fué el nombre de su esposo. La fiel Juana, atenta á sus menores movimientos se apresuró á tranquilizarla con esperanzas que ella estaba muy lejos de abrigar.

—Señora, le dijo: vuestro esposo descansa. Aunque está herido, el doctor asegura no ser cosa de peligro, si bien de cuidado. Confíad en su ciencia y en la bondad del Señor.

—Ay Juana! contestó la desventurada niña, mis fatales presentimientos se han cumplido: bien me lo decia el corazón: ¡ojalá mi esposo hubiera prestado oídos á mis súplicas!... Pero quiero verlo: dejadme correr á su lado.

—Señora, respondió la doncella conteniendo con respeto los ímpetus de su ama, es imposible lo que pedis. Don Carlos descansa: el médico ha encomendado la mayor calma. Vuestra presencia pudiera ser fatal al señor marqués:

—Ah!... pero yo no puedo moderar mi impaciencia. Iré descalza, de puntillas, sin hacer ruido. Véale yo una vez, y me someteré en seguida á todas las órdenes del facultativo.

—Pero....

—Veo en tu semblante que me estás engañando. Mi esposo ha muerto y por eso me impides la salida.

—Os juro por lo mas sagrado que don Carlos vive: pero su estado es de tanto peligro, que la mas mínima ajitacion pudiera ocasionarle la muerte.

—Pues bien, Juana, quiero creerte, pero con una condicion. Corre, vuela al cuarto de mi esposo: entérate de cómo se halla: averigua si puedo yo verle sin ser vista. Te prometo observar el mayor silencio.... Mas si no se me con-

cede lo que pido, haré uso de mi autoridad, iré á la fuerza, y sobre tí recaerá el mal que se origina.

Para evitar que este fuese mayor, se resolvió Juana á complacer á su señora, y asegurada con la promesa que la hizo de no levantarse de la cama, se dirigió al cuarto de don Carlos, donde encontró al médico á la cabecera del enfermo, y al corregidor de pie, interrogando con la vista los gestos del facultativo. La presencia de don Lope tranquilizó á la doncella, y llamándole por señas á un lado, le dió cuenta de la pretension de su señora: pretension justa y natural, pero que no podia ser concedida; porque si doña Maria llegaba á ver el cadavérico semblante de su esposo, sin dar oídos á la razon, pudiera sucumbir ante una prueba superior á sus fuerzas. El generoso don Lope, precedido de la criada, pasó al cuarto de la marquesa, que aguardaba con la mayor impaciencia la apetecida gracia de ver á su marido.

—Hija mia, la dijo don Lope, con paternal acento: la desgracia que pesa sobre todos nosotros, es una prueba que la providencia en sus altos fines, quiere hacer de vuestra virtud: acatemos sus decretos sin murmurar. Despues de estos dias de borrasca, lucirá el iris de paz que dulcifique tantas aflicciones, y....

—Mi esposo! exclamó la jóven sin dejar continuar al anciano. Qué es de mi esposo?

—D. Carlos vive: en este instante descansa: yo vengo de su lado, y os juro por esta cruz que llevo al pecho, que su herida no es mortal, segun el parecer del doctor. Tranquilizaos, hija mia, y tened confianza en Dios. No teneis recibidas innumerables pruebas de su bondad infinita?

—Es verdad, don Lope: pero el dolor que ahora me abruma es superior á mis fuerzas, y

ro me permite hacer tan santas reflexiones. Solo sé sentir, solo puedo llorar.

—Ese dolor es muy justo y yo no os prohibo que os entreguéis á él: llorad en buen hora, que las lágrimas desahogan el corazón y calman los padecimientos; pero moderad vuestra impaciencia..... Yo os ofrezco no moverme de esta casa, hasta que vuestro esposo no corra el menor peligro, y los autores del crimen en ella cometido no sean juzgados y castigados cual merecen.

—No alimenta mi pecho deseos de venganza: perdono á mis enemigos de todo corazón y agradezco sinceramente vuestra generosa oferta. Vos, señor, sois mi segundo padre: en vos confío, y bajo vuestra protección me pongo *Mas dejadme que vea á mi esposo*: no podeis figuraros cuanto padezco.... tengo despedazada mi alma.... compadeceos de mi dolor!!

—Que me compadezca!... Acaso necesito yo de consuelo tanto como vos, desgraciada joven. Vuestro esposo era mi amigo, mal dije mi hijo adoptivo; y la desgracia que pesa sobre él, me afecta á un extremo que yo no sabré explicaros. Pero hija mía: esa misma compasión que exijis, me prohíbe acceder á vuestros deseos. Qué esperais ganar? Qué fruto sacareis de una vista dolorosa y que no puede contribuir al alivio del paciente?... Aguardad por algunas horas á que don Carlos pueda soportar sin riesgo las emociones de una entrevista que dentro de poco deseará tanto como vos.

Así lo creía el buen anciano; pero se engañaba, como se convencerá el lector siguiendo el curso de esta historia. (Continuará.)

REVISTA DE TEATROS.

CIRCO.

EL BARBERO DE SEVILLA.

De severo, de injusto, hasta de mordaz se me ha acusado por haber dicho la verdad constantemente en mis artículos líricos; quizás se me acuse de adulador cuando se lea este, porque tal es la fragilidad humana, que si nos prueban faltas que cometemos, clamamos *¡al insulto!* y si elegiamos á quien lo merece, grita la envidia *¡bajeza!* *¡venalidad!* Tengo la desgracia de que hasta ahora nadie haya tratado de comprarme; y no porque yo valga mucho, sino porque soy algo caro: entiéndame quien me entienda.

Mis artículos son míos, es decir que acepto toda la responsabilidad de ellos desde el momento en que los firmo, y por eso los firmo siempre, para que los que se crean ofendidos en ellos, aun cuando mi intención no sea la de ofender á nadie, no se den de calabazadas para averiguar el nombre del autor. Si me parece mal ejecutada una ópera, lo digo sin rodeos, pero con miramiento, y sin pedantería, pues no abrigo la ridiculez de presumir que he de acertar á todas horas, así como tengo la franqueza de confesar que no creo equivocarme á cada momento. Si me parece bien la ejecución de otra ópera cantada por los artistas á quienes anteriormente he criticado, lo digo también, por-

que en esto consiste la buena fé del escritor, pues artistas hay que alcanzan triunfos en una parte y echan á perder otra. Afortunadamente para mí solo he criticado *absolutamente* á dos personas, que hoy no cantan en Madrid, y solo me acuerdo de ellas para prevenir cargos que de otro modo se me harían por lo que acabo de decir: tengo bastante delicadeza para esperar que esta cita no se tome como un recuerdo artístico.

Los que se abrogan el derecho de decir que hago al *Circo* una oposición sistemática y singular la yerran en el primer adjetivo; la aciertan en el segundo. Si por sistema criticara yo al *Circo*, le criticaría en todo y por todo: es así que yo no he hablado en contra de la mayor parte de los artistas que componen la compañía lírica; es así que me he limitado á indicar algunos defectos de otros; luego no hay en mis artículos semejante género de oposición. Y no se crea que escribo esto por ponerme en buen lugar, no: lo escribo, porque me gusta que se aclaren las cosas, y que se sepa que mi oposición es franca, leal, mas digna del aprecio de los que leen mis artículos que las alabanzas á roso y belloso prodigadas por los que juzgan de la bondad artística de una representación tan solo por el número de las localidades vendidas al público.

Basta de introducción.

Se ha puesto en escena *El Barbero de Sevilla*, ópera que Rossini nos dedicó, porque puede decirse que en ella la música, lo mismo que la letra, huele á español de cien leguas: *El Barbero de Sevilla* es la partición que mas se comprende en España, porque sus cantos están al alcance de todas las inteligencias, porque su movimiento escénico es el de una de nuestras comedias de costumbres, porque nos alarma y cautiva la ligereza de sus motivos: música de ejecución, brillante como el sol de Andalucía, coqueta como sus hermosas, chispeante como el champagne, desde la manola al duque, desde el sacristan de una ante-iglesia hasta el individuo del Conservatorio, todos repiten el *Bravo*, *bravísimo* de *Figaro*, el *Ehi di casa de Almaviva*, el *Una voce de Rosina* y el bellísimo *Buona sera*, conjuración diabólica contra el famoso *Don Basilio*; á todos encanta ese *spartito* de antigua fecha para los fastos musicales, pero siempre nuevo, siempre aplaudido con entusiasmo.

Su ejecución fué bastante buena en la primera noche. Del señor Salvatory nada tenemos que decir: hizo verdaderas diabluras en la parte de *Figaro*, y si en la aria de salida *Largo al factotum de la citá* estuvo algo roneo, desapareció este defecto apenas entró en calor, y en el duo siguiente *All' idea di quel metalo* vimos al sobresaliente artista. ¿Que diremos del *duetto con Rosina*, *Dunque io sono tu non ni inganni?* Los agudos dichos que ocurrieron á Salvatory, en armonía todos con el papel que representaba le proporcionaron unánimes aplausos, y tanto en el terceto, como en la *polaca* final del segundo acto sostuvo su brillante reputación.

El señor Sínico cantó su parte, escrita bastante alta por cierto, con mucho gusto, con mucho aplomo, con mucha seguridad: estuvo feliz en la cavatina de salida, y particularmente en el andante, porque en todos los andantes se distingue el señor Sínico, que posee el secreto de sostener la voz el tiempo que quiere, mer-

ced á un falsete claro y dulce, y á su buen método de alientos. También tuvimos ocasión de juzgar de su excelente vocalización en la parte del *allegro ¡Ah! si d' amore* del primer duo con *Figaro* ya citado: hubiéramos deseado en él alguna mayor animación en la entrada del final del primer acto *Ehi di casa*, pero todo quedó compensado con los sendos *planazos*, con que sacudió las moscas á *don Bartolo*, á *don Basilio* y á *Berta*.

El señor Santarely, apesar de su débil voz, espresó con acierto la parte de *don Bartolo*.

Al señor Alba le hemos dicho alguna vez que grita demasiado: difícil es ciertamente no gritar con una voz tan fuerte como la que posee este artista, voz de que puede sacar gran partido, pero que debe resistirse mucho á los esfuerzos que haga para moderarla. Una prueba de la verdad de nuestras observaciones nos ha ofrecido el señor Alba en la parte de *don Basilio* La dijo muy bien, y nos gustó particularmente en la *Aria La calunnia è un venticello*: hizo un esfuerzo esa noche, y supo dominar los arranques de su atronadora voz, ganando esta en dulzura y afinación todo cuanto perdió en fuerza. Cante siempre así el señor Alba y siempre le elogiaremos.

No se queje la señora Gariboldi, si nota que la hemos dejado para el final de nuestro artículo: no lo hacemos por descortesía, sino, porque queremos darle amigablemente un consejo, que le quedará mas impreso, si con él terminamos nuestra hoy gustosa tarea de críticos. La señora Gariboldi se ha presentado en el *Circo* con mucho prestigio, y el público madrileño la ha hecho justicia aplaudiéndola. Hemos visto á la traviesa é interesante *Rosina* en la cavatina de salida, en el Duo con *Figaro* y en el final del segundo acto: en todas las piezas estuvo afinadísima, y su voz notable, clara y sonora en los puntos bajos, voz que se presta con facilidad al *contralto* y al *soprano* jugó sin esfuerzo alguno la estension de dos escalas, desde *si á sí*, en la citada cavatina *una voce poco fá*, con limpeiza y seguridad.

Nuestro consejo se reduce á que escasee algo mas las notas de adorno que añade á las escritas por el compositor: no estamos por las enmiendas que algunos artistas hacen en el texto de los maestros; puede florecer este tal cual vez, pero la profusión en el empleo de tales medios de brillar desvirtua de veinte veces diez y seis el pensamiento de un autor como Rosini.

Las decoraciones estrenadas, hablando francamente, no nos gustaron; algunos trages de los cantantes tampoco: el juego escénico estuvo bien ensayado; no así el canto de algunas partes concertantes, por ejemplo, la última del final del primer acto: el conjunto de la representación nos agradó.

Y hé aquí un artículo que no es de oposición, y que no á todos agrada, porque no calificamos la representación del *Barbero de sorprendente de admirable* ó de *nunca vista*. Al que eche de menos estas palabras en nuestro artículo, le diremos lo que *Figaro* á *Almaviva*:

Signor, giudizio,
per carità.

ABEN-ZAIDE.

TEATROS.

CRUZ.

A las ocho y media de la noche.
Se pondrá en escena el drama nuevo de grande espectáculo en 3 actos dividido el primero en dos cuadros libremente traducido del frances y titulado

DE UNA AFRENTA DOS VENGANZAS.

PERSONAGES.	ACTORES.
La reina Isabel.	Sras. Lamadrid.
Maria.	Flores.
Marta.	Lapuerta.
Una muger.	Duran.
Perinet.	Señores Lombia.
Bourdon.	Alvera.
Bourdichou.	Caltanazor. (v)
Condestable.	Lumbreras.
Leclere.	Lopez.
Rey.	Aznar.

Jacome.	Roberto (capitan).
Juan.	Dupier.
Villecri.	Estud. 1.º y vecino
Heroldo y verdugo.	G. aville y Graz.
Soldado 1.º.	Gervasis.
Hombre 1.º.	Soldado 2.º.
Estudiante 2.º.	Hombre 2.º.

Terminará el espectáculo con boleras nuevas á cuatro.

Perez.	Azcona.
Torroba.	Carceller.
Fernandez.	Reyes. (M.)
Roda.	Azopardo.
Flores (B.)	Garcia.
Caltanazor (H.)	Lamadrid. (A.)
Relaño.	Sotomayor.

PRINCIPE.

A las ocho y media de la noche.
1.º Sinfonia.
2.º Se pondrá en escena el muy acreditado drama en 4 actos, precedido de un prólogo, no representado hace mucho tiempo, y cuyo título es

EL CAMPANERO DE S. PABLO.

PERSONAGES.	ACTORES.
Clary.	Sras. Díez.
Maria.	Lamadrid.
Sara.	Fabiani.
Tom.	Sres. Romea (D. J.)
Albinus.	Romea (D. F.)
Carlos II.	Sobrado.
Williams.	Perez.

Weston.	Fabiani.
Enrique.	Díez.
Desconocido.	Plo.
Ludlow.	Fernan. (D. M)
Yorik.	Uzelai.
Brogbilk.	Ramirez.
Samuel.	Paris.
Un médico.	Sanchez.
Ricardo.	Ferna. (D. J.)
Criado.	Orrun.
Exornado del modo que su argumento requiere.	

5.º Atendida la estension del drama terminará el espectáculo con baile nacional.

CIRCO.

A las ocho y media de la noche.
BELISARIO,
ópera seria en tres actos del maestro Donizetti.

IMPRENTA DE BOIX.